

Historias de vida y trayectorias personales: un recorrido de militancia en la
Concentración Nacional Universitaria (CNU) 1955-1976

Juan Luis Carnagui¹

En un primer momento, esta ponencia había surgido con la intención de mostrar las trayectorias militantes que rompían con los caminos recorridos por la mayor parte de quienes conformaron la Concentración Nacional Universitaria (CNU). Sin embargo, la fuerte resonancia que en los últimos tiempos han suscitado las actividades violentas desarrolladas por la CNU ha dificultado este trabajo basado fundamentalmente en el testimonio de sus antiguos integrantes.

Frente a esta situación la trayectoria que presentamos se inscribe dentro de los cánones habituales. Lo sobresaliente, tal vez, reside en que la misma se ubica en los orígenes de la formación de la CNU e ilumina el proceso a partir del cual se forjó el ideario político de esta agrupación. Este trabajo aborda, pues, la trayectoria de Carlos Disandro dentro del ámbito católico para analizar, a partir de ella, el proceso de radicalización de sus ideas.

De este modo, la presente ponencia se vincula también a una cuestión trabajada profundamente por otros autores, esto es, las complejas relaciones entre la tradición católica y el peronismo². Las investigaciones a las que nos referimos, significativas por sus aportes pioneros en el campo historiográfico, han enfatizado cómo las diferentes vertientes dentro del catolicismo, en especial una liberal y otra nacionalista, se posicionaron inicialmente frente al ascenso del peronismo y cómo fueron transformando sus posturas a lo largo del gobierno de Perón. Así, difícilmente pueda realizarse un acercamiento a esta problemática específica desconociendo el clima de época que bien han sabido retratar en sus páginas. Lejos de ello, consideramos que estos trabajos resultan imprescindibles a la hora de abordar ya sea la propia temática que a su turno

¹ IdIHCS-UNLP/CONICET.

² Si bien existe una amplia bibliografía al respecto, hacemos referencia, en principio, a dos clásicos trabajos como los de Zanatta, Loris, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, Unqui, 1996, y el de Caimari, Lila, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

han estudiado, o bien inquietudes vinculadas a ellas pero que impulsan investigaciones hacia otros núcleos de análisis. Como ejemplo de esto último señalado las páginas que siguen se nutren de las mencionadas investigaciones aunque con la manifiesta intención de indagar dimensiones marginales, cuando no ciertamente distanciadas, aunque de algún modo arraigadas a la problemática común mencionada de las relaciones entre el catolicismo y el peronismo.

Nuestra pesquisa se centra, pues, en el análisis del proceso de radicalización de las ideas de Carlos Disandro dentro de uno de los ámbitos más significativos en los que participaba como lo era el catolicismo. Así, prestaremos particular atención a las peculiares formas con las que fue entendida la tradición católica por Disandro, para luego examinar su posicionamiento a la luz de los cambios introducidos por el Concilio Vaticano II. Fundador de la Concentración Nacional Universitaria (CNU), la figura de este intelectual nacionalista, católico y peronista resulta clave a la hora de desentramar cómo esta organización forjó un ideario radicalizado dentro de la derecha con una peculiar mirada sobre el mundo de la época, que validaba la utilización de la violencia y las armas en la lucha política. Pero si la CNU “heredó” de Disandro, al menos en sus primeros años, un conjunto de ideas, éstas no terminaron de formularse acabadamente sino luego de una serie de cambios paulatinos cuyos orígenes podrían rastrearse en el derrocamiento de Perón. Este trabajo, por lo tanto, consiste en un análisis del recorrido de Disandro dentro del ámbito católico a partir del cual pretendemos dar cuenta de su postura radicalizada dentro del mismo, radicalización que tenía a su vez un correlato político manifiesto.

El catolicismo y el nacionalismo en la Argentina de los años '30 y '40

Los años formativos de Disandro

La crisis del liberalismo en las primeras décadas del siglo XX desencadenó, en las más diversas latitudes, respuestas disímiles ante el fuerte cuestionamiento al que éste fue sometido como conjunto de ideas rectoras de la organización social. De igual modo, la democracia, que había emergido como el sistema político de mayor afinidad hasta el momento comenzaba a ser puesta en jaque ante la irrupción de nuevas alternativas políticas. Por primera vez, aquella sociedad que se había cimentado sobre los pilares de

la ciencia y la idea del “progreso indefinido” comenzaba a mostrar sus grietas, primero, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, y luego, con la *Gran Depresión* de 1929³. Atentos a las nuevas alternativas políticas que comenzaban a surgir en Italia, en Alemania y posteriormente en España, nutridos grupos dentro del nacionalismo y el catolicismo argentino creyeron encontrar el momento propicio para desarticular la estructura de la Argentina liberal, y comenzaron a soñar con un país de nuevo cuño: el de la “nación católica”⁴.

La idea de la Argentina como “nación católica” constituyó un proyecto en el que convergieron el nacionalismo y el catolicismo a lo largo de la década de 1930. Claro que con numerosos matices y sin una total coincidencia, no sería desacertado afirmar que, por esos años, la Iglesia católica argentina fue profundamente nacionalista de igual modo que el nacionalismo fue fervientemente católico. Esta simbiosis, o mejor dicho, esta doble militancia, se tradujo en un postulado político compartido. Como destaca Loris Zanatta, “en el plano político, Iglesia y nacionalismo ‘restaurador’ coinciden: ambos ambicionaban el estado cristiano, el respeto de las jerarquías sociales, la destrucción de la democracia liberal”⁵. A estas cuestiones se le sumaba un fuerte anticomunismo, elemento que se profundizaría notoriamente a raíz de los acontecimientos sucedidos en España el 18 de julio de 1936. El levantamiento de Franco contra la República y el inicio de la Guerra Civil constituyeron uno de los sucesos internacionales de mayor impacto en la dinámica política local. La influyente y numerosa presencia de la comunidad española en el país desde finales del siglo XIX, así como el arribo de numerosos exiliados políticos durante el conflicto, crearon un clima particular en el cual aquellos actores locales que se identificaban con el bando sublevado, encontraron un “modelo” con el cual identificarse. La “cruzada” de Franco fue, para los católicos y los nacionalistas argentinos, un conflicto que en el que se batía la “tradición católica e hispánica” frente al “comunismo ateo y extranjerizante”. Si hasta 1936 podían destacarse distintas tendencias dentro del catolicismo conservador, sobre

³ Estos planteos cuentan con un amplio consenso dentro del campo historiográfico. Entre otros tantos, dos trabajos que respaldan esta afirmación son el clásico libro de Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2006; y el de reciente publicación de María Dolores Béjar, *Historia del siglo XX. Europa, América, Asia, África y Oceanía*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

⁴ Zanatta, Loris, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Buenos Aires, Unqui, 1996.

⁵ Zanatta, Loris, *Op. Cit.*, p. 271.

todo en cuanto al articular acabadamente con el nacionalismo⁶, los acontecimientos de España aceleraron el proceso de unificación. Nuevamente, como plantea Zanatta: “la Guerra Civil española, en efecto, terminará por representar un estímulo decisivo para la reunificación católica bajo la égida nacionalista y, al mismo tiempo, para la definitiva catolización del nacionalismo argentino”⁷.

El marcado interés por lo que acontecía en España terminó por reverdecer algunas tendencias dentro del catolicismo y el nacionalismo argentino en lo vinculado al concepto de “hispanidad”, como un elemento constitutivo de la propia identidad nacional. Si bien estas ideas encuentran sus orígenes en las conferencias brindadas en 1925 por el cura español Zacarías de Vizcarra, a partir de 1936 y, fundamentalmente, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la idea de Argentina como “nación católica e hispánica” la impulsó a posicionarse a favor de la neutralidad, debido a que los países contendientes eran ajenos a las raíces de la nacionalidad. Lejos de constituir, como se ha señalado en reiteradas ocasiones, un “exagerado apego” a las manifestaciones culturales que hundían sus raíces en la península Ibérica, el hispanismo constituyó, en el caso argentino, una ideología reaccionaria y tradicionalista que se identificaba fuertemente con el régimen de Franco.

Estas ideas reinantes en los ámbitos católicos y nacionalistas coinciden, a su vez, con un cambio global dentro de la Iglesia católica que, aproximadamente desde mediados de la década del '30, comienza a revisar el rol que debían jugar sus fieles. De este modo, el surgimiento de un “catolicismo integrista”, apostaba a cristianizar todos los espacios de la vida social. Claramente, el nuevo papel que los fieles católicos jugaban variaba drásticamente de aquel desplegado en tiempos pasados, asumiendo, ahora, un rol militante y fundamentalmente político.

“La religión individualista –que confinaba la práctica a la esfera privada sin interferir en la vida pública de los creyentes- fue criticada, abandonada y reemplazada por un modelo mucho más amplio. Era el momento hegemónico del catolicismo ‘integral’. Este proyecto respondía a una tendencia profunda de la Iglesia universal. Desde León XIII, la Iglesia había

⁶ Si bien la división dentro de las filas del nacionalismo fue un elemento recurrente, los dos principales grupos que se destacaron durante los años '30 fueron, por un lado, el nacionalismo católico que ya hemos mencionado, y por el otro lado, el “nacionalismo exacerbado”, filo nazi-fascista y pagano.

⁷ Zanatta, Loris, *Op. Cit.*, p. 196.

abandonado su repliegue en la intransigencia frente al mundo moderno para salir a reconquistar la sociedad”⁸

En este contexto particular, católicos y nacionalistas lograron articular en la compleja combinación entre la idea de la “nación católica”, el “hispanismo” y el catolicismo integrista, una identidad propia y, a su vez, una fisonomía estereotipada con la cual identificar a sus enemigos. Ésta, aparecía indistintamente ligada al liberalismo y al comunismo, aunque en forma creciente se la vinculó también con el judío. El antisemitismo en estos círculos no sólo fue un elemento recurrente sino también un particularismo propio del ideario político de la extrema derecha argentina. Claramente, la construcción de un *tipo ideal* de enemigo fortaleció, en su definición por contraste⁹, el proyecto de estos nacionalistas y católicos: “...las ideas más diversas sobre el enemigo supremo –el liberalismo, los judíos, el comunismo, o una combinación de los tres– formaba parte de un ideal positivo: la construcción de una sociedad fundamentalmente cristiana”¹⁰

Pero también en este mismo período, aunque no constituía una novedad, el integrismo católico, embarcado en la empresa de catolizar la sociedad en su conjunto, propició la articulación con el Ejército. En principio, esto se debía a la existencia de una férrea relación entre Iglesia y Ejército que se remontaba a los orígenes mismos del estado argentino, momento en que estas instituciones se consolidaron como dos de las más influyentes y “prestigiosas” del país. A su vez, en forma similar a lo que ocurría con los nacionalistas, la presencia de católicos en el ejército y militares en la Iglesia, contribuyó a conformar una idea socialmente generalizada según la cual el Ejército era en su mayoría fervientemente católico y la Iglesia fuertemente militarista, cuestión que se evidenciaría con posterioridad. Finalmente, y aquí encontramos el elemento más interesante a nuestro entender, la Iglesia y el Ejército desde mediados de la década del

⁸ Caimari, Lila, *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp.67-68.

⁹ Un libro por demás interesante para profundizar las reafirmaciones identitarias a la luz de la oposición frente a lo desconocido o lo diferente puede encontrarse en: Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros*, Méjico, FCE, 2000.

¹⁰ Caimari, Lila, *Op. Cit.*, p. 66.

'30 estaban apostando a un gobierno de tipo autoritario y católico, en el que ambas instituciones pensaban desarrollar una función central¹¹.

Pero el sueño largamente anhelado por católicos, nacionalistas y militares parecía cumplirse en junio de 1943, cuando el día 4 de ese mes, un golpe de estado desalojaba de la casa de gobierno al presidente Ramón Castillo¹². La inclusión de varias de las más destacadas figuras del catolicismo y el nacionalismo en la gestión del nuevo gobierno pone de manifiesto la buena predisposición inicial¹³.

“El gobierno inaugurado con el golpe de junio de 1943 contó con el apoyo y la participación de muchas figuras del catolicismo dominante. La prensa nacionalista celebró unánimemente el ascenso, en el que veía, por fin, la encarnación de los proyectos acariciados largamente [...] El decreto de enseñanza religiosa en las escuelas públicas (N° 18.411), la represión de las organizaciones comunistas y socialistas, la legalización de la censura de la prensa escrita y radiofónica (decreto N° 18.496), la disolución de los partidos políticos (decreto N° 18.498), la emigración masiva de los profesores liberales de las principales universidades: muchas cosas coincidían con el sueño nacionalista.”¹⁴

Pero fue una figura en especial dentro del gobierno militar la que rápidamente comenzaría a polarizar las posiciones de los diversos actores del escenario político argentino. Por debajo del General Pedro Ramírez, Arturo Rawson y Edelmiro Farrell, líderes del alzamiento del 4 de junio de 1943, el por entonces coronel Juan Domingo Perón iniciaría algunos de los contactos sobre los que se cimentaría su futura estructura de poder. Desde el puesto del Departamento Nacional de Trabajo¹⁵, en un comienzo, y

¹¹ Claramente, dos de los principales modelos de inspiración para estos sectores eran los gobiernos de Francisco Franco y el de Antonio Oliveira de Salazar.

¹² Ramón Castillo fue electo vicepresidente en las elecciones de 1938, pero tras la muerte del primer mandatario, Roberto Ortíz, asumió la presidencia de la nación el 27 de junio de 1942.

¹³ Ejemplo de ello fue la designación de Gustavo Martínez Zuviría, escritor que bajo el seudónimo de Hugo Wast publicó numerosas obras con un fuerte contenido antisemita, al frente del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública; la de Tomás Casares como interventor de la Universidad de Buenos Aires; o bien la de Jordán Bruno Genta, sin duda uno de los exponentes más extremistas, al frente de la Universidad del Litoral.

¹⁴ Caimari, Lila, *Op. Cit.*, p. 71.

¹⁵ Si bien el Departamento Nacional de Trabajo fue, hasta la llegada de Perón, un espacio marginal en los distintos gobiernos que se habían sucedido, su habilidad política hizo de ese lugar un bastión clave en la construcción de su poder. Rápidamente, dejaría su fisonomía original para convertirse en la Secretaría de Trabajo de la nación y, finalmente, en el Ministerio de Trabajo.

luego también desde la vicepresidencia, logró articular una férrea alianza con los trabajadores industriales, posible a partir de la extensa política desplegada en cuestiones referidas a la asistencia social y las mejoras en las condiciones de trabajo. Si bien las simpatías ganadas entre los círculos trabajadores se debían en parte a lo recientemente mencionado, como destaca Daniel James, “al mismo tiempo, se dedicó a socavar la influencia de las fuerzas de izquierda que competían con él en la esfera sindical”¹⁶.

Aunque el perfil anti-izquierdista de Perón resultase un aspecto positivo para los nacionalistas y católicos, el componente obrerista y popular claramente constituía un factor de tensión con estos grupos. Como señala Bianchi, “si bien las expectativas de los sectores vinculados al catolicismo nacionalista habían sido altas con respecto a la revolución del 4 de junio de 1943, muy pronto comienzan a esbozarse las decepciones.”¹⁷ De este modo, a pesar de los variados puntos de encuentro entre estos sectores y el gobierno militar inaugurado en 1943, luego del triunfo de Perón en las elecciones nacionales el posicionamiento de los católicos y los nacionalistas pasaría del apoyo a la desconfianza, primero, y finalmente a la oposición abierta. Así, nutridos grupos provenientes de estos ámbitos terminarían por apoyar el golpe de estado que derrocaría a Perón en septiembre de 1955.

La Argentina de la “nación católica” y el hispanismo constituyen el marco en el que Carlos Disandro inicia su recorrido político. Así, sus años formativos transcurren en un tiempo de férrea articulación entre el nacionalismo y el catolicismo lo cual dejaría una fuerte impronta en su pensamiento y su actividad política. A los diecisiete años, siendo aún un joven estudiante, se iría acercando a estas tradiciones en pleno momento de efervescencia ante el estallido de la Guerra Civil Española. Sin duda su pensamiento no puede apartarse del núcleo básico de ideas señalado en las páginas anteriores. Al fin y al cabo, fueron los años '30 los que le brindarían un marco de referencia para entender la dinámica política y el mundo de la época signado por la convergencia entre la tradición católica y la nacionalista bajo el lema aglutinante de la “nación católica” y el “hispanismo”.

¹⁶ James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

¹⁷ Bianchi, Susana, “La Iglesia católica en los orígenes del peronismo”, en: *Anuario del IES*, V, Tandil, 1990, p. 79.

Reacomodando las ideas: el derrocamiento de Perón y el pensamiento de Disandro hacia 1955

El elemento singular que distingue a Carlos Disandro es el modo en que articuló esta matriz de pensamiento, eminentemente nacionalista y católica, con el peronismo, identificándose con este último incluso cuando el grueso de los referentes del nacionalismo y el catolicismo habían pasado a la oposición y la conspiración contra el gobierno de Perón, fundamentalmente a partir del conflicto con la Iglesia de 1954. La singularidad que le otorga su constante adhesión al peronismo posibilitó que, una vez derrocado el líder, su pensamiento como nacionalista y católico, marginal dentro de estas tradiciones, transitase hacia nuevos horizontes. Las transformaciones que el pensamiento de Disandro va sufriendo paulatinamente desde 1955 sugieren, en nuestra opinión, una radicalización de sus ideas que, al menos en un primer momento, no pasará del plano discursivo. Sin embargo, el hecho de que su prédica encontrase entre ciertos círculos juveniles un público afín cambió rápidamente esta cuestión pues, en esta relación, pueden encontrarse las claves necesarias para comprender el surgimiento de la Concentración Nacional Universitaria hacia mediados de la década del '60. Los particularismos del pensamiento radicalizado de Carlos Disandro, por un lado, y una nueva lógica de participación política por parte de los sectores juveniles, por el otro, constituyen los elementos principales a partir de los cuales puede comprenderse la emergencia de una fórmula peculiar que articulaba peronismo y violencia política desde el campo de la derecha.

El camino hacia la radicalización que emprende Disandro desde 1955 se relaciona, como hemos sugerido, al impacto generado por el derrocamiento de Perón en aquellos ámbitos en los que Disandro participaba, fundamentalmente, en la universidad, el nacionalismo y el catolicismo. En el caso de estos últimos dos, comienza a perfilarse como una figura marginal y a destiempo con posturas que paulatinamente se tornarían más reaccionarias. Dentro del escenario universitario, el golpe de estado de septiembre de 1955 significó su expulsión de la Universidad Nacional de La Plata en la cual se desempeñaba como docente lo cual le generaba no pocos inconvenientes inmediatos. Estas transformaciones que lo implicaban tanto política como personalmente no pueden perderse de vista a la hora de contextualizar el inicio del proceso de radicalización del pensamiento de Carlos Disandro, el cual respondía en cierto modo a la necesidad de

adaptar sus ideas a los nuevos escenarios que planteaban las fuertes transformaciones de la política argentina. En definitiva, su visión de mundo forjada en el marco del pensamiento católico y nacionalista de los años '30 y signado por el orden y la jerarquía, se veía ahora amenazada y desbordada.

Nacido en la localidad cordobesa de Alta Gracia en 1919, comenzó con sus estudios en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata en 1939 en donde se relacionó con los exponentes del nacionalismo conservador ultracatólico, como Octavio Derisi, Nimio de Anquín y César Pico¹⁸. Puede pensarse que de estas figuras adoptó uno de los aspectos más distintivo, aquel que de algún modo atraviesa transversalmente su pensamiento, esto es, su postura anti-iluminista. El pensamiento de Disandro –siguiendo el título del libro de Darrin McMahon- es el de un auténtico “enemigo del iluminismo”¹⁹. No será extraño, pues, que sus referencias a la “modernidad” y lo “moderno” se encuentren vinculadas indefectiblemente a aspectos negativos.

Su anti-iluminismo aparejaba no pocos inconvenientes, el principal de ellos, consistía en el rescate de los próceres de la historia nacional que eran inseparables de aquellas ideas que consideraba perniciosas. Como bien señala Buchrucker, “si se postulaba el ‘tradicionalismo’ como la clave de todos los valores, y se lo contraponía a la idea del progreso, se hacía necesaria una reinterpretación profunda de la historia nacional y universal”²⁰. En su relectura del pasado con la intención de articularlo con la realidad argentina, Disandro encontró diversos momentos modélicos entre los que figura la edad media, el imperio español y la colonia, y el rosismo²¹. Si estos períodos fueron reivindicados por considerarlos épocas de prosperidad y equilibrio, en contrapartida, la modernidad representaba lo contrario: la decadencia y el desbarajuste. Fue de la mano del revisionismo histórico que logró superar, esta contradicción ya que le permitía rescatar a aquellas figuras que se oponían a la historia oficial liberal de la construcción de la Argentina.

¹⁸ Ladeuix, Juan Iván, “El General frente a la Sinarquía. El discurso de Carlos Disandro en la formación de la Concentración Nacionalista Universitaria y su impacto en el peronismo”, en: XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Tucumán, 19 al 22 de septiembre de 2007.

¹⁹ McMahon, Darrin, *Enemies of the Enlightenment. The French counter-enlightenment and the making of the Modernity*, New York, Oxford University Press, 2001.

²⁰ Buchrucker, Cristián, *Op. Cit.*, p. 127.

²¹ Para una explicación de cada una de estos ejemplos véase: Buchrucker, Cristián, *Op. Cit.*, pp. 129-133.

A su vez, en la reinterpretación del pasado en clave anti-iluminista la historia fue leída en términos de “buenos” y “malos”. De esto se desprendía una figura estereotipada del enemigo que, tanto para Disandro como para la mayor parte de los nacionalistas conservadores, guardaba una estrecha relación con las transformaciones modernas. De este modo, democracia y liberalismo, imperialismo, socialismo y, posteriormente, el comunismo, aparecían como los nuevos adversarios de la tradición que la modernidad había gestado. No podía quedar afuera de esta lista el judío. Por el contrario, jugaba un rol verdaderamente protagónico en la idea de una “conspiración universal” –en palabras del propio Disandro “complot sinárquico”-, en donde su figura aparecía indistintamente jugando en ambos bandos: o bien el judío capitalista y usurero, o bien el judío comunista y revolucionario.

Nacionalista, católico y peronista, pero también profesor de lenguas clásicas en la Universidad, Disandro encontró en el tradicionalismo católico y en el realismo tomista un puente de convergencia hacia la cultura latina que tanto lo apasionaba. La figura de Santo Tomás le permitía, por un lado, reivindicar desde una perspectiva cristiana la obra aristotélica y el pensamiento de los principales exponentes del pensamiento clásico y, por otra parte, destacar el contexto en el que produce estas obras Santo Tomás como una época de armonía. Así, la edad media será entendida por Disandro –también por un amplio núcleo del nacionalismo- como una primavera en la que aún no se avizoraba el otoño de la modernidad. La decadencia modernista tenía un correlato en todos los aspectos que pudiesen pensarse, desde lo político y lo cultural hasta en lo religioso. Sobre este último aspecto, dice Disandro en palabras de Platón: “los antiguos eran mejores que nosotros y habitaban más próximo a los dioses”²². La proximidad a lo divino, desde su perspectiva, era una de las cuestiones claves que le permitían jerarquizar el mundo antiguo y la edad media por sobre el moderno.

Cabría preguntarse, ¿en qué momento se hace manifiesto este alejamiento de lo divino, y por consiguiente, esta primacía de lo moderno? Claramente, para Disandro, en términos generales esto se producirá luego de 1955. El peronismo había logrado, desde la perspectiva de este intelectual, construir un equilibrio entre lo religioso, lo social y lo político, a la vez que brotaba de elementos propios de la tradición nacional y de la historia antigua que evaluaba positivamente:

²² Disandro, Carlos, *Las fuentes de la cultura*, La Plata, La Hostería Volante, 1965.

“El Justicialismo, como un árbol cuya sombra protege a cualquier caminante, hunde sus profundas raíces en estos densos estratos del humanismo grecorromano; pero sus ramas y sus frondas, lúcidas y sencillas, están al alcance de cualquiera, como corresponde a la tarea de gobernar, persuadir e ilustrar a todo el pueblo argentino. Esta sencillez es hermana de su vasta profundidad; por ello surge de aquí un alertado sentido político, que extraña a los observadores extranjeros, no siempre justos con la noble condición del argentino.”²³

Sin embargo, paradójicamente, el alejamiento de lo divino en el plano religioso se vincula, en un primer momento, a los acontecimientos de finales de 1954 que desataron el enfrentamiento entre el gobierno peronista y la Iglesia católica, cuestión que aceleraría el golpe de estado de septiembre de 1955. En esta encrucijada entre la Iglesia y su líder político optó por este último. Así, pues, de aquí en adelante la postura de Disandro dentro del catolicismo iniciaba un proceso de transformación y radicalización que alcanzaría su punto más alto con motivo del Concilio Vaticano II.

El Concilio Vaticano II: la emergencia de un catolicismo tradicionalista radical

Sería un error sobredimensionar la figura y el impacto de la postura de Disandro dentro de los círculos católicos. En definitiva desde el conflicto entre el peronismo y la Iglesia Disandro fue un *outsider* dentro del ámbito del catolicismo de la de la ciudad de La Plata y por consiguiente, su interacción con otras figuras del ambiente fue escasa. Sin embargo, muy a pesar de ello, sus planteos resultaron atractivos para un número significativo de jóvenes que se acercaron a los distintos centros de estudios que fue conformando luego de su expulsión de la Universidad Nacional de La Plata²⁴. Pero si

²³ Disandro, Carlos, *El humanismo político del justicialismo*, Conferencia brindada en el Primer Congreso de Abogados Peronistas, 1973.

²⁴ Una vez cesanteado de la Universidad Nacional de La Plata realizó varios intentos por organizar espacios de estudios extra-universitarios. De este modo conformó hacia fines de 1957 la Asociación Universitaria Platense, la cual a partir de 1958 adquirió el nombre de Centro Platense de Estudios Universitarios. Finalmente, el Instituto de Cultura Clásica “Cardenal Cisneros” fue su esfuerzo más perdurable en esta dirección, y marca el punto de mayor crecimiento del círculo de Disandro en cuanto a la cantidad de miembros que lo conformaban y la cantidad de publicaciones producidas, llegando incluso a poseer una editorial propia.

bien Disandro no puede considerarse una figura de primera línea para el catolicismo de su época lo cierto es que la radicalización de su pensamiento a la luz del Concilio Vaticano II introdujo notables aspectos que conformaron parte del marco en el cual se formaron aquellos jóvenes cercanos a su figura. Así, su radicalización dentro del catolicismo constituye uno de los puntos de partida a partir del cual es posible avizorar las influencias de su pensamiento en el núcleo juvenil que años después conformará Concentración Nacional Universitaria.

Ahora bien, ¿cuándo se inicia este recorrido? Por proponer una fecha, podría pensarse que comienza en el momento mismo en que Angelo Giuseppe Roncalli, quien adoptaría el nombre de Juan XXIII, fue nombrado Papa el 28 de agosto de 1958. Justamente fue Juan XXIII quien anunció en enero de 1959 el llamado al Concilio el cual se sustanció con su primera reunión en octubre de 1962. Luego de la muerte de Juan XXIII fue su sucesor, Paulo VI, quien se encargaría de presidir el mismo hasta su conclusión. Durante estos dos papados la Iglesia realizó profundas transformaciones en su interior. Si el peronismo había generado una profunda ruptura en la trama de la sociedad argentina en el ámbito del catolicismo fue el Concilio Vaticano II lo que marcó una insalvable división. Sin embargo, como señala Mallimaci, “tal ‘renovación’ supone más bien una actualización y una adaptación de contenidos ya presentes”²⁵. En este sentido, el Concilio no retomaba cuestiones totalmente ajenas al catolicismo sino que, por el contrario, reivindicaba elementos que eran sostenidos por sectores progresistas dentro de la Iglesia católica. Sin embargo, esto bastó para generar un fuerte reacomodamiento dentro de las filas del catolicismo, trazando una línea divisoria entre quienes se posicionaron favorablemente frente al Concilio y quienes lo rechazaron. Esta gran ruptura separó a los sectores progresistas y modernizantes, que intentaron llevar adelante un verdadero *aggiornamento* de la doctrina de la Iglesia, y los sectores tradicionalistas que, por el contrario, entendieron el Vaticano II como el inicio de la decadencia cristiana.

Dentro de estos últimos podríamos distinguir ciertos matices o diferencias en cuanto a cómo comprender no sólo el Concilio sino también la Iglesia posconciliar, más allá de la común oposición a los “modernizadores”. Las posturas más radicalizadas dentro de estos sectores fueron el lefebrismo, la tesis de Cassiciacum, y el sedevacantismo. El

²⁵ MALLIMACI, Fortunato, “Caminos sinuosos: nacionalismo y catolicismo en la Argentina Contemporánea”, en: Francisco Colom y Angel Rivero (Edit), *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político latinoamericano*, Barcelona, Antrophos/Unibiblos, 2006.

primero de ellos, adquiere su denominación del arzobispo francés Marcel Lefebvre quien fue uno de los representantes más afamados mundialmente dentro del tradicionalismo y las tendencias antimodernizadoras. Si bien, a diferencia de otras posturas tradicionalistas, no negaba la autenticidad del papado de Juan XXIII o Paulo VI, postulaba que estos habían transitado el camino de la herejía liberal y en consecuencia sus directrices no debían ser cumplidas. Existe un documento del mismo Lefebvre que ha servido como una suerte de guía para sus seguidores. En éste, conocido como la “Declaración del año 1974”, postula en unas pocas líneas su pensamiento:

“Adherimos de todo corazón, con toda el alma a la Roma católica, guardiana de la Fe católica y de las tradiciones necesarias para el mantenimiento de esa Fe, a la Roma eterna, maestra de sabiduría y de verdad. En cambio, nos rehusamos –como nos hemos rehusado siempre- a seguir a la Roma de tendencia neomodernista y neoprotestante, que se manifestó claramente en el Concilio Vaticano II y, después del Concilio, en todas las reformas que de él surgieron.”²⁶

Por su parte, la denominada tesis de Cassiciacum postula que a partir de la finalización del Concilio Vaticano II en 1965, el Papa ha dejado de estar divinamente acompañado, aunque mantiene su posición como tal por ser el poseedor del trono apostólico. Esta consiste en una visión más bien legalista en la cual el Papa es respetado por ser Papa, a pesar de haber dejado de ser el representante de dios en la tierra. El nombre de esta corriente proviene de la revista en la cual fueron publicadas las primeras interpretaciones de este tipo por parte de su principal pensador, Michel Guerard des Lauriers, titulada “Cahiers de Cassiciacum”.

Finalmente, el sedevacantismo comparte con las anteriores corrientes su férrea oposición a las transformaciones introducidas por el Vaticano II. Sin embargo, se diferencia en que directamente no reconoce al Papa como tal ya que, según sus miembros, ha realizado actos herejes. Los sedevacantistas plantean que desde la firma del Concilio Vaticano II la herejía se apoderó del trono apostólico y por tanto la sede se encuentra vacante. De este modo, no reconocen a ningún Papa desde Juan XXIII en

²⁶ LEFEBVRE, Marcel, *Declaración del año 1974*.

adelante, incluyéndole a este mismo, ya que todos han contribuido a que se mantenga vigente hasta la actualidad los cambios introducidos por el Vaticano II. En el contexto nacional podemos ubicar a Disandro en esta corriente. Si bien hemos afirmado que su figura era marginal en lo tocante a las discusiones dentro del ámbito católico, sin duda alguna fue el principal referente del pensamiento sedevacantista en la Argentina.

Pero si bien no debería extrañarnos que la postura de Disandro fuese radical teniendo en cuenta que lo hemos ubicado dentro de la corriente más contestataria del tradicionalismo católico, la postura adoptada en sus escritos resulta llamativa en más de un aspecto. En primer lugar, debido a la utilización de un tono virulento.

“Paulo VI ha cesado de ser pontífice y es desde la fecha de la signatura del Vaticano II hasta ahora FALSO PAPA y POR TANTO TODOS SUS ACTOS, RESOLUCIONES, DOCUMENTOS, CARECEN DE VALIDEZ JURISDICCIONAL, CANÓNICA, RELIGIOSA, ECLESIAÍSTICA, o como quiera decirse: PAPA HAERETICUS EST DEPOSITUS. La Iglesia está sometida al poder de un tirano, que inviste los poderes de la Monarquía Teológica, para subvertir LA FE y DESTRUIR LA IGLESIA.”²⁷

En este sentido, el sedevacantismo de Disandro, como lo ejemplifica la cita anterior, no se presenta exclusivamente como denuncia. No pretende tan sólo sindicarse al Papa como una figura herética para consecuentemente destacar la vacancia del trono apostólico. Por el contrario, la postura de Disandro es una invitación a combatir lo que desde su punto de vista era el poder despótico de un Papa depuesto que pretendía deformar la verdadera esencia del catolicismo.

El tono virulento de Disandro será una constante en sus alocuciones referidas a la cuestión católica tras el Vaticano II. Los otros dos aspectos que nos resultan particularmente interesantes se relacionan al modo en que pretende justificar su posición como sedevacantista, esto es, los argumentos según los cuales denuncia la herejía de Juan XXIII, aunque con mayor insistencia de Paulo VI. En primer lugar destaca la

²⁷ DISANDRO, Carlos, *Pontificado y Pontífice. Una breve quaestio teológica (II)*, La Plata, Ediciones la Hostería Volante, 1969.

tendencia modernista de Paulo VI -a quien llama peyorativamente Juan Bautista Montini en lugar de su nombre papal.

“Las pruebas de la herejía formal y explícita de Paulo VI son abundantes (...) Sostenemos pues la legitimidad de la elección de Paulo VI, el cual fue Papa legítimo hasta la signatura del concilio herético Vaticano II, que aunque pastoral introdujo por su nominalismo teológico la herejía modernista implícita; de aquí arranca todo el drama histórico de la Iglesia, si no todo el drama místico.”²⁸

Para Disandro “la herejía modernista” estaba vinculada fundamentalmente a las transformaciones en el plano litúrgico, cuestión compartida por la mayor parte de los sedevacantistas. A su vez, teniendo en cuenta su postura fuertemente tradicionalista, aspectos tales como la apertura de la Iglesia católica al diálogo con otras religiones, acentuaban su profundo antimodernismo que excedía el plano religioso. Hasta aquí podría pensarse que todos ellos son aspectos compartidos por el resto de las corrientes tradicionalistas.

Sin embargo, el otro argumento utilizado por Disandro para demostrar la herejía de Paulo VI, que lo distingue entre otros pensadores tradicionalistas es el antisemitismo. En esta dirección, ya no era sólo una cuestión de renovación doctrinaria sino también una cuestión que, para Disandro, era fundamental: Paulo VI no sólo había dejado de ser católico, sino que pertenecía al “pueblo que había traicionado a Jesús”.

“Pero Paulo VI, pseudo-pontífice, (...) contra una tradición (...), pretende aquí también innovar con un lenguaje contradictorio con la tradición; difundir (...) y promover un motivo de corrupción mayor en el horizonte debilitado de la Iglesia. Esta tendencia de Paulo VI define muy bien una teología y una mística contrarias a la naturaleza de la Iglesia, a la relación entre esa naturaleza y el universo de los sionos.”²⁹

²⁸ *Íbidem*, p. 52.

²⁹ DISANDRO, Carlos, “El falso Papa y la falsa imagen”, en: *La Hostería Volante*, N° 25, 1970.

La postura de Disandro luego del Concilio será la de un militante católico en pié de guerra. Como él mismo destacara, “combatimos pues en este terreno doctrinal y práctico el nefasto desfonde judaico del progresismo, y el no menos nefasto designio de una falsa tradición que subvierte el vínculo entre FE y AUTORIDAD.”³⁰ Su posicionamiento combinará pues antimodernismo y antisemitismo. A su vez, supo mantener constantemente ese tono violento que paulatinamente supo pasar de las palabras a la acción política.

Conclusiones

Tras su expulsión de la Universidad Nacional de La Plata en 1955 Disandro intentó organizar con notable éxito diversos espacios vinculados a la actividad cultural y a la docencia por su propia cuenta. Así, en 1958 fundó el Centro Platense de Estudios Universitarios en el cual pudo contar con un espacio propicio para difundir sus ideas. Su relevancia como un filólogo de renombre internacional motivó a un número considerable de jóvenes que se acercaron interesados por el campo disciplinar en el que trabajaba. Pero paulatinamente se fueron acercando quienes, al margen de las motivaciones académicas, se sentían atraídos por sus ideas concernientes a la actualidad política de entonces. De este modo, el Centro Platense y posteriormente el Instituto de Cultura Clásica Cardenal Cisneros supo contar entre sus miembros con un nutrido número de jóvenes que ya sea por interés académico o político se acercaron a la figura de Disandro. Con algunos de los primeros, pero fundamentalmente con varios de estos últimos se conformó hacia 1965 la Concentración Nacional Universitaria. Sus miembros se fueron formando al calor de la radicalización del pensamiento de Disandro no sólo en el ámbito católico, tal cual intentamos retratar en estas páginas, sino también en otros espacios en los que participaba como el nacionalismo y en la universidad.

Deudor del tradicionalismo propio de los nacionalistas Disandro gustaba dirigirse a los jóvenes de la CNU llamándolos “montoneros”, e incluso denominó de este mismo modo a la editorial que fundó y en la cual publicó gran parte de sus ensayos de tinte político. Aún desconocía el paradójico destino de ese nombre. La irrupción en la primera escena

³⁰ DISANDRO, Carlos, *Pontificado y Pontífice. Una breve quaestio teológica (II)*, La Plata, Ediciones la Hostería Volante, 1969.

de la política nacional de “Montoneros” con el secuestro de Aramburu abría un nuevo capítulo en el proceso de radicalización de Disandro, no ya de sus ideas sino de sus acciones. A partir de entonces fueron ingentes sus intentos por distinguir a los “buenos montoneros” de los malos. Pero sus palabras no buscaban solamente destacar a los suyos frente a los que recién emergían. Por el contrario, llamaba a combatirlos mucho más allá del campo de las ideas:

“De todos modos no se podrá decir que hemos preferido las armas a los libros. Se tendrá que admitir que una vez más las armas y las letras se aúnan en la marcha difícil y peligrosa de los montoneros de la patria, de los montoneros fundacionales, los únicos que valen.”³¹

³¹ *Íbidem.*